

## DE EL MALECÓN A LA CALLE DEL AGUA: EL PERIPLO CANARIO-CUBANO DE LUIS SUÁREZ GALVÁN

Conferencia que Eugenio Suárez-Galbán Guerra ofreció el 19 de enero de 2013 en la Casa de la Cultura de Guía, sobre su abuelo, el guíense Luis Suárez Galbán.



Una vez más, me encuentro en deuda con el Excelentísimo Ayuntamiento de Santa María de Guía, con su alcalde, don Pedro Rodríguez, y la concejala de cultura, Mari Carmen Mendoza, así como con el bibliotecario e investigador Sergio Aguiar Castellano, y con todo el pueblo de mi abuelo, que también considero el mío. Pues es Guía ni más ni menos que otro regalo que me donaron mi abuelo y familia. Y si esta nueva invitación y ocasión de compartir con ustedes otra alegría y una honda emoción que me atañen a mí de manera íntimamente personal, quisiera comunicar a todos mi gratitud con la misma intensidad de esa emoción por el pueblo que fue cuna de mi abuelo, que él nunca olvidó, así como Guía hace constar una vez más hoy que también mantiene viva su memoria, que tampoco a él lo olvidó.

Ya que estamos en familia, conversando con total puridad, debo empezar reconociendo que no soy yo precisamente la persona más informada sobre la vida, obra y milagros de mi abuelo. Sin ir más lejos que mi familia más inmediata, confiado en que el cariño de un padre me disculpará al colocar a mi hija Laura en primer lugar, su afición genealógica que la ha llevado a descubrir desde hace tiempo, y desde Canarias a California, ascendentes y descendientes de don Luis Suárez Galván (o Galbán, conforme es más frecuente el apellido en Cuba), podría sin duda alguna aportar una cantidad de anécdotas y detalles de un valor insospechado capaz de rellenar lagunas de los escritos de y sobre don Luis. Incluso, y sin ir más lejos ahora que el distinguido público que nos acompaña, se encuentra entre nosotros hoy una persona (ya se habrá adivinado el nombre de Sergio Aguiar) que además de interesarse de lleno en la vida de mi abuelo, me ha mantenido al tanto de todas las novedades de su investigación, facilitando asimismo ese redondear de una personalidad que reclaman para sí ocho islas, siendo Cuba la octava, sobra decir, y por consiguiente, personalidad que también reclaman dos naciones. Otro tanto puede decirse de Laura García Morales y Michel Jorge Millares Carló. Finalmente, aunque seguro que me olvido de más de uno, pidiendo ya disculpas por ello, añado que algo alivia ese fallo mío el serme imposible olvidar ahora las espontáneas charlas con los hermanos González Sosa, el aún llorado poeta, Manolo, y el cronista, Pedro, quienes, muy probablemente insospechado por ellos, tanta noticia para mí tan significativa de mi abuelo, mis orígenes y de Guía me han proporcionado.

Dicho esto, nada me extrañaría que algunos se estén preguntando en este mismo momento qué, además de la azarosa circunstancia de ser nieto de Luis Suárez Galván, me trae hoy aquí a hablar de mi abuelo que murió unos veintiún años antes de nacer yo, y del que otros poseen un mayor conocimiento. La leyenda familiar, pero también la literatura, cuya enseñanza ha sido mi *modus vivendi* durante cincuenta años, podrían ser la respuesta. Máxime que cuando primero leí hace años las breves memoria que escribió mi abuelo, hace justamente cien años y unos tres años antes de morir, a

instancias de la mayor de sus descendientes, mi tía Isabel, y como obsequio a su hijo que era también el primer nieto de Luis Suárez Galván, John Wright, me impresionó, entre tantas cosas, y quizá más lógicamente en mi caso, su sueño desde la infancia de convertirse en hombre de letras. Sueño que tuvo un pronto y doloroso despertar debido a circunstancias económicas que él logró remediar a lo largo de una vida de comerciante y de sacrificios, y que favorecieron las posibilidades de que su nieto dos generaciones después, en cambio, sí pudiera cumplir ese mismo sueño que la vida a él le negó. Pero me apresuro a añadir que ambos sentimientos de ninguna manera pueden excluir ese otro de gran admiración por el ejemplo humano que manifiestan esas breves – brevísimas – memorias de escasamente veinticinco folios mecanografiados, escritas, como se ha dicho, para su primer nieto, y sin miras, pues, a ser publicadas, pero que no obstante abarcan una riqueza autobiográfica que trasciende la calificación sin más de una confesión mundana de vida y éxito empresarial derivable de una primera lectura. De modo que, para resumir, ha sido esa coincidencia de gustos por la literatura entre abuelo y nieto lo que me trae y lleva hoy a intentar perfilar aún más la personalidad y vida de Luis Suárez Galván, en la medida en que me permitan, por un lado, algunos recuerdos de familia que no figuran en sus memorias, y, por el otro, la contextualización de esas memorias dentro de su época y desde la perspectiva histórica de nuestro presente, así como desde la interpretación que pueden proveer determinados sucesos susceptibles de transformarse en el subtexto, o la realidad más real – permítase la redundancia – de la personalidad de don Luis.

Aquella primera impresión lectora de una confesión mundana sin más escrita por un comerciante *self made*, o de ascenso por méritos propios, es justamente la que se registra y repite en varios escritos sobre mi abuelo, tal como el que firma J. Tabares Sosa en la revista *Cuba y Canarias* (no. 8-IX-1912), reproducido en gran parte veintiséis años después en un homenaje de quien fuera uno de sus principales socios, y el que pasaría a presidir la firma tras la jubilación de mi abuelo, Heriberto Lobo. Es este, más o menos, el mismo resumen que recoge un reciente libro de John Paul Rathbone, *The Sugar King of Havana* (56-58), sobre Julio Lobo, hijo de Heriberto, y

heredero de la casa Galbán Lobo cuando mi padre y tíos, estableciéndose cada vez más en Estados Unidos, venden su participación en la firma. Al igual que el retrato de mi abuelo que dibuja Francisco González Díaz en *Un canario en Cuba* (“Apendice”, 89-90), todos incluyen los acostumbrados elogios que suelen brindarse a figuras relevantes que han destacado por su valor profesional, alegando a su vez valores humanos que explican ese éxito profesional. No deja de ser notable que, además de nobleza de espíritu, lealtad, determinación y otros, destaca la constante de la modestia como virtud primordial. Si es verdad, como se ha dicho tantas veces, que todo escrito autobiográfico encierra indefectiblemente una dosis, por pequeña que sea, de vanidad, en el caso de mi abuelo dicha dosis se verá modificada por dos factores: en primer lugar, el ya mencionado propósito de dejar a su primer nieto un retrato de su abuelo que implicó un didactismo que irremediablemente le llevaría a hacer constar determinados logros mundanos con el fin de ilustrar los esfuerzos necesarios para llevar a cabo una vida meritoria. Por lo tanto, y en segundo lugar, ello llevará su narración, como suele ocurrir en tantas confesiones mundanas, a cobrar un carácter apologético en determinados momentos, a convertirse en una apología *pro vita sua*, que en su caso sería una defensa dentro de la confesión mundana de su vida comercial que requiere igualmente una ejemplificación concreta de sus éxitos, y en especial, cuando su afán de novedad y cambio de la tradición comercial fuera blanco de crítica, y hasta de mofa, de parte de algunos. No obstante, en todo caso, es fácilmente discernible en sus memorias que cualquier motivo de elogio está por lo general supeditado a una motivación humana, más que profesional, relegando así la confesión mundana de un empresario de éxito al esfuerzo de la voluntad humana en contra de las dificultades y los impedimentos que impone la vida. Incluso, cuando en una ocasión reproduce un elogio que recibió del socio de su tío, todo sentido de jactancia queda relegado y limado por la necesidad que mi abuelo sentía de aplicar su inteligencia y ansia de saber a fin de colocarse en una posición que lo haría necesario y le aseguraría una permanencia laboral, que es claramente lo que destaca aquí la narración más que cualquier afán de alabanza propia.

Antes aprovechábamos la fórmula literaria convertida en expresión coloquial de vida, obra y milagros para describir la existencia de Luis Suárez Galván. Ahora no vacilamos en dotar de un sentido casi literal el último de esos términos de la tríada. Porque de milagro bien puede calificarse una existencia que comienza y continúa con una serie de obstáculos que retan constantemente la voluntad humana. Nace mi abuelo en año de cólera, 1851, epidemia que llegó a afectar a su madre, y por ende, a él mismo, con el resultado de que fue incapaz de caminar hasta los seis años. Bien vengas mal si vienes solo, pero el refrán no se cumplió en su caso, ya que como consecuencia de esa incapacidad física, sucedió otra contrariedad, y es que no pudo asistir al colegio hasta los nueve años. Pero también no hay mal que por bien no venga, y al verse privado de una temprana educación, él, que desde niño soñaba, como se ha dicho, con ser escritor, lejos de desanimarse, se enfrenta a esta primera gran desilusión de una manera que preludia ya una de las más sobresalientes fuerzas de su carácter que él mismo describe como resignación inteligente ante los límites de su realidad, pero sin renunciar nunca a la sana ambición de luchar siempre por mejorar su situación. Es así que, consciente de su inevitable atraso respecto a sus compañeros de estudio, se propone, y logra, para ofrecer un ejemplo representativo, aprender a restar en una sola noche de voluntario desvelo hora tras hora. Y es así que no obstante la doble tristeza de tener que abandonar, además del sueño literario, el de poder continuar sus estudios hasta el bachillerato y la universidad, debido a la precaria situación económica de la familia, va escalando oficios desde aprendiz de zapatero hasta amanuense, primero con un agrimensor de lunes a sábado, con la comida de toda la semana a cuesta, durmiendo en cuevas donde se guardaba la paja para el ganado, y sintiendo ya el orgullo de poder trabajar y contribuir – ¡con una peseta diaria! – a la economía de la familia. Admirable admisión de auténtico orgullo humano personal –que no vanidad -, no solo por esa complacencia en el trabajo honrado, sin nunca, nos llega a decir, menospreciar cualquier oficio honrado, sin importarle la valoración que le otorgue la sociedad, sino admirable además por no renegar de sus orígenes humildes, opuesto a tantos que se dejan llevar de esos falsos

valores sociales sin darse cuenta, irónicamente, que mayor valor humano tiene subir por méritos propios y contra tales impedimentos como los que tuvo que enfrentar mi abuelo.

Hay otro impedimento que tuvo que superar don Luis, uno sorprendentemente curioso, por no decir del todo incongruente con su posterior fama y extenso conocimiento como hombre de empresa. Y es que, contrario a su afición literaria que se vería limitada a la lectura cuando su ajetreada vida de comercio le permitiera algún tiempo de ocio, nos llega a declarar rotundamente en sus memorias que él no se “sentía inclinado al comercio” (6). Tan así, que tuvo que ser un macabro episodio, no exento de un humor tétrico por el pánico que le ocasionó al joven Luis, lo que por fin le convenció a tomar la difícil decisión de abandonar familia y Canarias: habiendo ascendido a escribiente para el Cabildo Municipal ahora, asistía mi abuelo a una autopsia, cuya descripción, escrita tantos años después en estas memorias, y pese a ser tan breve, pero tan tremendista, basta para comprender ese cambio tajante y repentino respecto a una decisión que marcaría el resto de su vida, la de emigrar a Cuba en junio de 1867, a los quince años y medio. ¡Cuántos mitos de la emigración canaria a Cuba, del indiano rico y sus casas fabulosas que regresa de la tierra donde todo el mundo se convierte en Midas, o, en ese caso, de la emigración en general, como estamos viendo diariamente hoy mismo, cuántos no quedan desmentidos en estas memorias! Liberada de su contexto literario, la célebre frase de Hamlet –“Dormir, acaso soñar” – nunca ha estado mejor aplicada que cuando lo ha sido respecto a ese sueño, que, según se olvida tantas veces, se torna fácilmente pesadilla. Dormir en un catre y un almacén compartido por cuatro personas, con una pila de agua en un patio común para todos los habitantes de un caserón donde estaba situado el local del tío materno, hombre por demás extremadamente severo, a cuyo comercio fue a parar mi abuelo en un barrio de La Habana, una vez más de aprendiz, ahora de “ayudante de carpeta”(7), y sin remuneración alguna. Soñar, no ya con volver a Canarias, donde ya había adquirido el respeto, y hasta cariño, de sus jefes, uno de los cuales hasta llegó a escribirle solicitando su retorno, por no hablar del amor que lo unió siempre a su familia, sino siquiera soñar con poder algún día aceptar una invitación a beber un simple refresco, lo que le estaba

vedado por un elemental sentido de dignidad ante su imposibilidad de reciprocarse. Y sentir aumentada aún más la inmensa soledad por la lejanía y carencia de familia y tierra natal que agudizó la decisión de su tío de regresar a Canarias. Pues pese al carácter áspero y difícil de su tío, quedó abrumado de tristeza mi abuelo al sentirse solo y sin ninguna familia por primera vez. En fin, y una vez más, como creo se está constatando, la brevedad de estas memorias no obstan para que se describa ahí con suma intensidad la verdadera épica de esa emigración isleña con toda su angustia, merced a la selección y descripción de acontecimientos y detalles que de nuevo también no pueden menos que recordar la frustrada vocación literaria de don Luis.

Esa abrumadora tristeza de mi abuelo al encontrarse solo y sin ninguna familia por primera vez, provee una importantísima revelación autobiográfica. Pues como estamos a punto de ver, ese apego a la familia trasciende el entorno familiar inmediato de una manera insospechada. En primer lugar y evidentemente, dicho apego explica la generosidad en cuanto a sus padres y hermanos, a los cuales, tan pronto comenzó a percibir un sueldo, se encargó de enviar remesas periódicamente regulares. Por lo demás, al partir de Cuba en su regreso a Canarias, llevaba su tío todos los ahorros del joven Luis para sus padres. Tampoco olvidará de rescatar a su hermano Eugenio de semejantes penurias por las que él tuvo que pasar, enviándole recursos económicos para costearle la carrera a quien tanto destacaría después como ingeniero. Luego, y como estamos a punto de ver, ese apego a la familia trasciende el entorno familiar inmediato. Pues numerosos fueron los familiares de un parentesco más retirado que llegaron a formar parte de una verdadera constelación de canarios en sus negocios de Cuba, aunque, como veremos pronto, no por enchufe, sistema al que queda claro que él siempre se opuso. Es más, esa concepción suya de la familia no dejó de incluir a Guía entera, a la cual obviamente sentía la necesidad de regresar cuando su ajetreada vida le permitía unas merecidas vacaciones, conforme prueba de manera singular la construcción del sistema hidráulico de la ciudad que un vez más revela esa generosidad y lealtad para con su lugar natal y de crianza. Y adelantando ahora lo que después concretaremos en cuanto a esta visión familiar, ella se verá hasta en la misma empresa,

y con conciencia del propio don Luis de la importancia de cultivar ese ambiente familiar del que le privó en un momento dado la emigración que le llevó lejos de la familia y de su tierra.

Comienza ahora con la vuelta del tío a Canarias, y a sus escasamente veinte años, la verdadera iniciación comercial de mi abuelo, quien queda a cargo como el socio más joven, pero claramente el más activo, de una nueva empresa formada por su tío antes de partir de Cuba. Y de la misma manera que supo compensar el quebranto de quimeras con soluciones que al menos mantenían viva la esperanza de mejorar su vida y condiciones, logra hacer otro tanto respecto a su escaso interés original por la vida comercial. Como ya apuntó Tabares (8), Luis Suárez Galván llegó a revolucionar por completo el comercio cubano-americano, estancado entonces en una tradición que a él siempre le había parecido limitada, y que reducía la actividad comercial a comprar barato y vender caro, práctica predominante para la que él mismo se declara completamente inepto. No deja de aludir ahí mi abuelo a lo raro que parece que un hombre que ha dedicado su vida al comercio, se revele incapaz de ejercer una de las prácticas consideradas más fundamentales de la profesión. En cierto sentido, está repitiendo esa sorprendente y algo paradójica admisión suya de considerar el mundo comercial como algo ajeno a sus intereses, al menos en un determinado momento de su vida, el de su juventud. Porque más sorprendente resulta pensar que permaneció vigente esa actitud de indiferencia, cuando no de frontal rechazo, en un hombre que tanto aportó y tanto innovó si esa carrera le seguía interesando poco. De hecho, y como ya dijimos suele ocurrir en tantas confesiones mundanas, la de Luis Suárez Galván se convierte en una apología explícita de su profesión ahora en un momento dado cuando alaba con evidente entusiasmo como profesión noble que fomenta una inteligencia y una actividad diversa la de comerciante, si bien admite a continuación que el ejercicio del comercio “no tiene más finalidad que la de ganar dinero” (13), lo que en definitiva sería ni más ni menos que otro ejemplo típico de su aceptación de la realidad. A modo de apología también, explica que ni la historia ni sus contemporáneos le conceden otro mérito al comerciante por su labor que la de sus éxitos y fracasos, prescindiendo de este modo de



cualquier reconocimiento de su talento o habilidad. ¿Se le olvidó a don Luis en algún lapsus incluir que, pese a ese indudable fin económico interesado, que, por otro lado, es en sí y en principio nada objetable, el mundo comercial puede ser también socialmente beneficioso? ¿No es raro que un pionero como él (pues si no fue el primero, ciertamente estaba entre los primeros) que implantó un sistema, todavía vigente hoy, dicho sea de paso, para favorecer al consumidor, abaratando precios mediante un volumen de compra que permitía vender mucho, aunque ganando poco, no es extraño, decíamos, que en esa cita limitara la actividad comercial a simple ganancia monetaria? O, ¿no será que esa visión comercial ahí expuesta, que ignora la creación de empleo y difusión de riqueza que pueden y deben acompañar al comercio, se deba más bien a la ya mencionada explicación apologética contra un criterio de época que el propio don Luis acepta como indudable?, a saber, la de un capitalismo salvaje, de laissez-faire, el mismo tan denostado por la literatura del XIX, empezando por nuestro propio don Benito, y más aún en una colonia que tras luchar por su independencia en dos guerras, se ve privada de su libertad, al ser esta usurpada por una nueva colonización, cuyo yugo será económicamente aún más pesado de sacudir. La tajante oposición de mi abuelo, que sin dejar de admitir de nuevo el pragmatismo, o la utilidad, como fin empresarial, rechaza rotundamente la práctica, por lo visto bastante frecuente, y que él mismo llegaría a sufrir también con frecuencia, de hundir, o siquiera perjudicar, a la competencia como arma, podría de alguna manera inclinar a pensar que, en efecto, él reconoce esa degeneración del sistema de la que él se mantuvo siempre al margen.

Sea ello como fuere, y consciente del peligro de caer el nieto en su propia defensa del abuelo, el caso es que don Luis supo indudablemente compartir riqueza, incluso ahora dentro y entre los propios empleados, repartiendo beneficios y asociando “de algún modo a los negocios” a los empleados de acorde a sus méritos (19), pues, como ya anticipamos, queda claro que siempre se opuso a la nefasta práctica de enchufe al emplear este sistema de méritos claramente incompatible con el de las influencias personales. Descubrir las facultades de los empleados, colocarlos en los puestos que mejor respondían a sus aptitudes, y premiar los casos que sobresalían, mediante una

participación monetaria y de responsabilidad en la empresa, fue el método para identificar talento y habilidad que siempre empleó. Lo cual no dejó de suscitar críticas y censuras de parte de otros comerciantes, obviamente por el ejemplo escandaloso y peligroso que ellos suponían podría alentar a la clase trabajadora a exigir más derechos. Pero a pesar de lo cual, así como de cualquier hostilidad que ello haya acarreado de parte de la clase comerciante, no vacila mi abuelo en declarar como un mayor orgullo el haber implantado ese sistema, además de bondadoso, inteligente, que permitió enriquecer “a algunos que quizás en otra parte no hubieran pasado de modestos dependientes” (22). Ni que decir tiene lo que significaba semejante participación de empleados en el funcionamiento y usufructo de una empresa en aquel ambiente de luchas laborales enconadas entre patronos y empleados y de inestabilidad social y económica, no ya en la propia España, sino en la Cuba colonial que le tocó vivir, donde el proceso de la abolición de la esclavitud no se culmina hasta 1886, para poco después entrar en guerra, y terminar, como se acaba de recordar, en una nueva colonización. Eso sí, esa predilección por el mérito sobre cualquier otra calificación empezaba en casa, es decir, con la familia y en Canarias. Y si a primera vista esto suena a contradicción, y si es verdad que puede decirse, y ya se ha dicho, de hecho, que una constelación de canarios llegó a incorporarse y destacar en la casa Galbán Compañía, téngase en cuenta, por un lado, que tampoco ahora se trataba de influencias o enchufe, ya que todos fueron formados en la propia firma, donde se tomaban las decisiones solo tras ese entrenamiento, y por el otro, que la cifra nada despreciable para aquella Cuba de cinco nacionalidades llegó a incorporarse a la empresa. Empresa que, con su usual fervor por la institución de la familia, de la que debido a los avatares de la vida el joven Luis tuvo que prescindir, mi abuelo parangonaban a “una familia muy unida aunque la integran individuos de cinco distintas nacionalidades” (22).

Revolucionario dentro de sus empresas, y revolucionario asimismo a nivel internacional, como decíamos antes, aludiendo a los cambios que introduce don Luis en el comercio entre Cuba y Estados Unidos a propósito de su usual búsqueda de nuevos incentivos para mejorar sus condiciones, en este caso, el de su inicial desapego por la

vida comercial que obviamente logró convertir en desafío que estimuló su inteligencia y constante sed de conocimiento e innovación. Ese rechazo a limitar el comercio sin más a comprar y vender con el mayor margen de beneficio, le llevaría a una visión escrutinadora del comercio a la vez totalizadora y minuciosa. Es por eso que antes de ampliar las relaciones comerciales con los Estados Unidos que ya habían comenzado, aunque a un nivel todavía limitado, en 1879 mi abuelo viaja al país y estudia detenidamente el mercado. Todo estaba preparado, menos lo esencial: el capital necesario. Problema que se resolvería unos cuatro años después, tras conocer en 1882 a Juan (Cándido, según probable error de Tabares) del Río, hombre emprendedor, aunque de escasa educación debido a la pobreza en que se crió, que llegó a acumular una fortuna considerable tras haber empezado como remero de un barco de pasajeros en la bahía de La Habana, para terminar dueño de una flota que le enriqueció. Y ahora no me puedo resistir a contar una de esas leyendas familiares, que como toda leyenda, tiene un fondo de realidad, pero también un aura de fantasía y maravilla. No recuerdo quién me la proporcionó, pero quizá debió ser otro miembro de la familia que era también otro escritor frustrado. Mi abuelo en sus memorias simplemente menciona con obvio cariño a Juan del Río, hombre de clara inteligencia y ecuanimidad que le llevó a escalar de posición social. La leyenda cuenta que uno de los domingos en que mi abuelo tomaba el barco desde Regla a La Habana, un gallego remero (difícilmente lo sería aún, como se verá), a quien le unía ya una cierta amistad, tras asegurarle – a la gallega, diríamos hoy, aunque lejos de cualquier sentido peyorativo – que desde algún tiempo venía estudiando su carácter, y, convencido tanto de su inteligencia como de su honestidad, abrió acto seguido una puerta en el fondo del barco y ¡eureka! apareció un cofre lleno de monedas, ya que el buen hombre, como era costumbre de muchos inmigrantes entonces, no se fiaba de los bancos. Y así, leyenda e historia en este caso, aunque cada una a su peculiar manera, se unen para narrar que en 1883, al unirse a su vez el emigrante gallego y el canario, fundan la Casa Galbán, Río y Compañía, que después, a la muerte de don Juan, se convertiría en Galbán y Compañía, y, para completar la evolución de la onomástica empresarial, terminaría siendo Galbán Lobo Company, tras jubilarse mi

abuelo, y en 1916, poco antes de morir, pues, incorporar como socio a Heriberto Lobo (Lobo, 10). Al haber unido los dos capitales, Galbán, Río y Compañía comienza su expansión comercial con los Estados Unidos de importación y exportación, aplicando mi abuelo ese sistema de estudio detenido del mercado que incluía cada vez más un mayor adentramiento en los acontecimientos que iban cambiando la sociedad norteamericana, desde el conocimiento de leyes arancelarias, promulgación de tratados, enmiendas, y, en fin, un sinnúmero de leyes que implicaban un auténtico sumergirse en la política, economía y la sociedad norteamericana. Por lo visto, superado ya el para él obviamente aburrido tejemaneje de simple compra y venta, mi abuelo descubrió, como era habitual en él, una fórmula que, encima de enriquecerle aún más, le proveyó un reto y una actividad intelectualmente estimulante para una carrera a la que en un principio se vio forzado a emprender contra su voluntad, siendo esta, sin necesidad de repetirlo, una de sus mayores virtudes y lecciones.

Ya se habrá reparado en el uso del término empresarial al referirnos a los negocios de don Luis, término más empleado hoy día. Él mismo se autodenomina comerciante y sus negocios se definen en las memorias con el término de “comercio”, y algunas veces el de “firma”. No se trata, sin embargo, de una cuestión lingüístico-cronológica sin más, ya que verdaderamente su empresa término siendo una multinacional que mejor se describe con ese término actual, por elemental que haya tenido que ser en aquel tiempo y en aquella Cuba. Sería por la edad (siempre contempló una jubilación antes de la vejez, alegando que las circunstancias – y sin duda sus socios – no se lo permitieron hasta una fecha ya mencionada poco antes de morir), o por la salud menguada, de la que habla Heriberto Lobo (10), o por un simple olvido que algún psicólogo explicaría como un lapso que delata una sorprendente falta de valoración que a su vez revela una personalidad tan segura de sus logros, que puede darse el lujo de olvidar y dejar fuera de sus memorias uno de los mayores éxitos suyos, como fue esa evolución de Galbán y Compañía que terminó en una multinacional. Hay que remitirse otra vez a Tabares (9) para apreciarlo en toda su magnitud, comenzando con el establecimiento de una sucursal en Nueva York que facilitara la crecientes importaciones y exportaciones, la de

azúcar en especial ahora, lo que a su vez implicó la compra de varios ingenios que estaban en la quiebra, y que mi abuelo, aplicando y adaptando cuando necesario los mismos métodos que había aprendido y practicado, no solo salvó, sino que convirtió en negocios más que simplemente rentables. Tan abrumador fue el movimiento empresarial de la Casa, que fue imprescindible crear un Departamento de Vapores para consignar mercancía con líneas de Galveston, Nueva Orleans y Liverpool. Asimismo, fue elegida Galbán y Compañía por la poderosa firma alemana, la compañía de seguros contra incendios Aachen y Munich, para su representación en Cuba (Tabares 9).

Ese enorme éxito comercial de mi abuelo es quizá lo que mejor podría explicar una relación masónica. Pues al descubrir yo por casualidad su tumba en el cementerio de La Habana hace algunos años, me extrañó y sorprendió verla con símbolos masónicos, ya que siempre supuse que la religiosidad ortodoxa católica de mi padre procedía de su familia. No hace falta recordar que, pese a los cambios que han acarreado los tiempos, los orígenes de la masonería, desde su inicial protestantismo inglés al secularismo que comenzó a prevalecer en la Ilustración, a la abierta hostilidad durante el papado de Pío IX, precisamente en el momento en que nace mi abuelo, desde luego no casan con la realidad de una familia católica practicante, por no aludir a la reputación de la masonería como organización contraria a determinadas tradiciones liberales que no coincidían, ni mucho menos, con las que predominaban entonces ni en Cuba ni en España en general. Como respuesta a mis preguntas al respecto, las cuales, dicho sea de paso, serían las mismas que otros que han visto fotos de esa tumba me han planteado, una hermana me recordó que la masonería en Cuba durante el XIX fue un fenómeno que llegó a tener cierto auge, lo que adquiere mayor sentido al recordar ahora la conjunción entre la masonería y el movimiento independentista. De modo que posiblemente esos símbolos, concluyó mi hermana, se debían a la familia de nuestra abuela cubana. Una vez más, sin embargo, y con la venia que me vuelve a otorgar el amor de un padre, mi hija Laura desveló la verdadera realidad al descubrir, no solo que mi abuelo, en efecto llegó a ser masón, sino que adquirió el máximo grado de Gran Maestro. Y añade que la importancia y el prestigio del que al parecer disfrutaba en

Cuba la masonería entre los hombres de comercio, bien pudo ejercer una influencia en la decisión de mi abuelo de relacionarse con esa organización.

No debe sorprender ahora que un empresario tan disciplinado, trabajador y responsable como fue Luis Suárez Galván admirara tanto la eficacia, organización y el pragmatismo norteamericano. La situación caótica de Cuba tras la Guerra de Independencia que terminó sin más ni más en la nueva colonización de por sí bastaría para explicar dicha admiración. Pero toda admiración en este sentido tenía un límite para él. No era don Luis de aquellos españoles – que los hubo – que dieron la bienvenida al nuevo imperio, esperando – ingenuos – que sus condiciones económicas mejorarían de golpe, sin percatarse que la competencia ahora sería aún más ardua por más desequilibrada. Nunca renunció a su ciudadanía española, y cuenta también la leyenda familiar (cuya fuente concreta creo que fue mi tía Elisa) que en un balcón de su casa colgaban lado a lado la bandera española y la cubana. No se crea que se trataba de un ardid para estar con Dios y con el Diablo. No estaba el ambiente ni para bromas ni para veras, ni mucho menos como para pretender que en un país tan apasionadamente dividido, los partidarios de una autonomía – probablemente la opción que esas dos banderas querían indicar – podían andar a sus anchas y manifestar su predilección. Hay que tener en cuenta que la compleja situación política del momento, como se ha documentado ampliamente, llevó a un número considerable de canarios, entre ellos a nadie menos que Secundino Delgado (ya casado con esposa norteamericana, ya padre de dos hijos norteamericanos, y a punto de nacionalizarse cubano) a apoyar la independencia cubana, y a alistarse otro número considerable de canarios en el ejército mambí. Sería por eso mismo que en un momento dado, considerando que la situación había alcanzado un cierto, si no un alto, riesgo de peligro, de acuerdo a esa misma fuente familiar, decidió mudarse mi abuelo con la familia a México comenzada ya la Segunda Guerra de Independencia, y viajando él solo intermitentemente a Cuba para intentar controlar sus negocios lo mejor posible bajo las circunstancias.

Llama la atención que haya elegido México, y no Estados Unidos, país con el que ya había establecido sustanciosas relaciones comerciales tras haber creado en 1883 la

antes mencionada Casa Galbán, Río y Compañía, incorporada en los propios Estado Unidos, así facilitando, en principio al menos, cualquier visado o permiso de residencia, aunque también es verdad que siendo español, es posible que se le hubiera negado, no obstante esos intereses empresariales. Puede que esa decisión de residir en México durante la guerra se haya debido a una coyuntura imposible de averiguar. O puede también que el papel que jugaba Estados Unidos con respecto al destino que ya se preveía, y que ese país preparaba para Cuba, de alguna manera lo hubiera desanimado a residir allí, quién sabe. Lo cierto es que años después mi padre y tíos asistirían a la escuela en Estados Unidos, donde, de hecho, moriría mi abuelo durante unas vacaciones en 1917.

Pese a su prudencia, y nueva manifestación de modestia, a la hora de aceptar ofertas de prestigiosos puestos por temor a no tener la preparación que él consideraba necesaria, fueron varios, no obstante, los nombramientos que sí llegaría a aceptar en las corporaciones económicas, como presidente de la Cámara de Comercio, y después, Presidente de Honor de la misma. Tampoco faltarían los nombramientos de parte de la administración norteamericanas una vez terminada la guerra. Pero cabe indagar si llegaría a arrepentirse, en parte, al menos, respecto al que sería indudablemente el mayor nombramiento y honor que recibiera de los norteamericanos, a saber, el de haber sido elegido para presidir la junta directiva de la North American Trust Company, o fondo de fideicomiso. Se trata nada menos que de la institución bancaria cuya sucursal en La Habana era la depositaria del dinero del gobierno, e institución que después le encargaría de fundar y organizar nada menos también que el Banco Nacional de Cuba, de cuya institución sería Luis Suárez Galván el primer presidente. Pero lo que cabe indagar más concretamente es por qué, y por voluntad propia, disfruta de ese honor escasamente un año, tras el cual y después de una segunda reflexión, decide dimitir, argumentando que no considera que un extranjero debería ser el presidente de un banco nacional (lo que, irónicamente, no impidió que otro extranjero le sucediera). Sin embargo, ya antes don Luis había aludido a cómo, además de las dificultades de tener que acoplarse a unos cambios arancelarios y nuevos métodos administrativos impuestos

por los norteamericanos, tuvieron los negocios de Cuba que defenderse contra “una invasión de hombres de negocios de los Estados Unidos que cayeron sobre el país ávidos de adueñarse del comercio cubano” sin dejar de repetir en seguida esa calificación bélica de “invasores” que ejercían “una fiera acometividad” (21), la cual, por cierto, no bastó para impedir que la Casa Galbán y Compañía, contrario a tantos negocios cubanos, saliera, no ya indemne de esa crisis, sino más fortalecida aún. Ese lenguaje que emplea ahí mi abuelo, desde luego, no deja la más mínima duda en cuanto a su rechazo de esa ferocidad que, en definitiva, no es otra que la del Darwinismo social que ya para ese entonces llevaría a Rubén Darío a denunciar esa misma actitud feroz en su “Oda a Roosevelt”, autor este último, se recordará, de la famosa frase, también de la época, “América para los norteamericanos”. Todo da a entender, como ya entendió Heriberto Lobo, que además de considerar que un cubano debería presidir el banco nacional, manifestando así claramente un sentido de justicia y dignidad para la nación que lo adoptó, esa renuncia de mi abuelo era también una denuncia de “los procedimientos impuestos por los americanos que contaban con la mayoría de las acciones”, denuncia tan vehemente que don Luis no solo “renunció irrevocablemente al cargo de Presidente”, sino que además “cortó sus relaciones comerciales con la institución” (Lobo, 9). Por lo demás, queda del todo manifiesto que si, según ya dijimos parece ser el caso, don Luis consideró la alternativa de mayor autonomía como la mejor para Cuba, lo hizo por una convicción compartida asimismo por un número de cubanos, y que para él implicaba lo mejor para el pueblo cubano, sin implicar, sin embargo, y como hemos visto, renegar del respeto, dignidad y justicia que él consideraba irrenunciable para ese pueblo. Aun cuando no compartamos esa convicción, ello no impide que sigamos respetando la buena voluntad para Cuba que indudablemente mantuvo siempre mi abuelo al ejercer su derecho a opinar sobre lo que le parecía la opción más viable.

Permítaseme terminar continuando con otra opinión de carácter personal: me nacieron en Nueva York, me criaron en Cuba y me trajeron por primera vez a Santa María de Guía a los once años un verano que para mí no ha terminado aún, pues se ha



prolongado a lo largo del tiempo con numerosas visitas, aunque no todas las que yo quisiera. Puedo decir que ya yo conocía Guía antes de llegar aquí, merced a los relatos de mi madre y la presencia de mi tía, Toni, quien vivió con nosotros en Cuba y que siempre me mostró un especial cariño. Pero yo venía de Nueva York, donde ya vivíamos, y aunque no es verdad todo lo que se dice de esa ciudad, ya que no es simplemente un lugar de una dureza tan fuerte como la piedra de sus rascacielos y el asfalto de sus calles, pues como me ha enseñado la vida, y como toda ciudad, Nueva York puede ser simplemente tan inhumana como humana. Sigue siendo, no obstante, una gran metrópolis que, como todas no suele detenerse en las cortesías y atenciones cotidianas más comunes a otras ciudades de menor población. ¿Cómo, entonces, no sentirse inmediatamente acogido aquí aquel niño de once años, donde todo el mundo era familia, y aunque no lo fuera, me trataba como si lo fuera? Quizá, según me señaló con una de esas bromas que se tornan fácilmente veras un amigo canario en Madrid, Jorge Rodríguez Padrón, ocurrió que al llegar a Canarias, ese niño simplemente creyó, tal como en un sueño, que nunca había salido de Cuba.

Para colmo, mi madre y mi tía Toni me llevaron a una calle que se llama como mi abuelo. No sé si fue entonces o después que me enteré que el nombre original de esa calle había sido Calle del Agua, por razones que tampoco recuerdo ahora si se me explicaron ese mismo día o en otra ocasión. En todo caso, hoy, al escribir esto, vuelvo a recordar de nuevo el sueño literario juvenil de mi abuelo, y me place poder decirle que otras famosas palabras de Shakespeare, en forma de pregunta, cumplen a la perfección con la respuesta que dio a ellas su vida: “¿Qué hay en un nombre?”. Porque su nombre es como agua bendita que, junto con tantas vidas, regó de ejemplo también la de sus nietos, uno de los cuales no encuentra mejor manera de volver a terminar sin poder terminar – perdónese la redundancia paradójica – de agradeceros esta oportunidad de compartir con su pueblo su recuerdo.

Eugenio Suárez-Galbán Guerra

## BIBLIOGRAFÍA

González Díaz, Francisco, *Un canario en Cuba*. La Habana: Imprenta La Prueba, 1916.

Lobo, Heriberto, “Apuntes autobiográficos de Heriberto Lobo”. Manuscrito fotocopiado, foliado a mano.

Rathbone, John Paul, *The Sugar King of Havana. The Rise and Fall of Julio Lobo, Cuba’s Last Tycoon*. New York: The Penguin Press, 2010.

Suárez Galván, Luis, “Memorias”. Manuscrito fotocopiado, foliado a máquina con números romanos que al citar aquí se sustituyeron por arábigos.

Tabares Sosa, J, “Iniciativas canarias”, *Cuba y Canarias*: 8 de septiembre de 1912.



# Guía de Gran Canaria

*Ciudad de Guía*

Municipio de Guía de Gran Canaria (ESPAÑA)

[www.guiadegrancanaria.org](http://www.guiadegrancanaria.org)

